

EL MONASTERIO DE SANTO ECCE-HOMO

En una masa de tierra regada
profusamente de amonitas

Manuel Ancízar Basterra



PROVINCIA DE
SAN LUIS BERTRÁN
DE COLOMBIA
Frailes Dominicos



**MONASTERIO DE
SANTO ECCE-HOMO**
Fundado en 1620

IUBILÆUM 400



Títulos de la colección
EL MONASTERIO DE SANTO ECCE-HOMO

- Viajero 1: Maravilla colonial de la arquitectura en Colombia
- Viajero 2: El florecimiento del arte mudéjar-toscano en la Nueva Granada
- Viajero 3: ¡Aquel cadáver abandonado a la intemperie!
- Viajero 4: En una masa de tierra regada profusamente de amonitas
- Viajero 5: Y los albores de la evangelización dominicana
- Viajero 6: Obra del corazón, suma del arte
- Viajero 7: Monumento universal del silencio
- Viajero 8: Joya colonial de los dominicos en Colombia

Km. 10 vía Sutamarchán – Santa Sofía, Boyacá (COL.)
Provincia de San Luis Bertrán de Colombia
Tel: (+57.1) 287 8470 – 288 6367
Cel: 318 629 7172 – 316 877 0826
Correo electrónico: monasterioeccehomo@gmail.com

Encuéntranos en:



Monasterio del Santo Ecce-Homo



[monasterio_eccehomo](https://www.instagram.com/monasterio_eccehomo)





MONASTERIO DE
SANTO ECCE HOMO

Fundado en 1620

IUBILÆUM 400

EL MONASTERIO DE **SANTO ECCE-HOMO**

En una masa de tierra regada
profusamente de amonitas

Manuel Ancízar Basterra



PROVINCIA DE
SAN LUIS BERTRÁN
DE COLOMBIA
Frailes Dominicos

El Monasterio de Santo Ecce-Homo, en una masa de tierra regada profusamente de amonitas

Viajero 4

Manuel Ancízar Basterra

ISBN: 978-958-99506-9-2.

Tamaño media carta 13.5 x 21.5 cm. N° de páginas: 24

EDITOR

© Derechos reservados

PROVINCIA DE SAN LUIS BERTRÁN DE COLOMBIA

Frailes Dominicos

Comisión del Jubileo 400 años del Monasterio de Santo Ecce-Homo:

Fr. Diego Orlando Serna Salazar, O.P.
Prior Provincial

Fr. Jaime Monsalve Trujillo
Síndico de la Provincia

Fr. Ferdinando Rodríguez Ruiz, O.P.
Fr. Carlos Arturo Ortiz Vargas, O.P.

Edición preparada por:

Fr. Carlos Arturo Ortiz Vargas, O.P.
Lic. Laura Nataly Vargas Sánchez

Primera edición, 2020

ISBN: 978-958-99506-9-2

Diagramación: Olga Lucía Solano Avellaneda

Impresión: Litoimpres

Chiquinquirá, 15 de marzo de 2020

Debido a que las citas de esta obra conservan su escritura original, podrían observarse algunas faltas ortográficas.



Todos los derechos reservados conforme a la ley
Se permite su reproducción citando fuente

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Viajero:

*La tierra donde pisas es sagrada,
obra del corazón,
suma del arte el monasterio es;
él te depara silencio augusto, soledad y paz.
Sus cimientos, sus muros, sus columnas,
himnos son a la gloria no creada,
que solo el alma venerante escucha.
No escribas, ni rasguñes, ni profanes
la tierra en donde estás,
¡porque es sagrada!*

PÓRTICO

Con la apertura del **IUBILÆUM** por los 400 años de la fundación del Monasterio de Santo Ecce-Homo en 1620, los frailes dominicos desde sus antiguas y gruesas paredes buscan develar los secretos que aún se esconden en este maravilloso lugar, donde han quedado imborrables huellas prehispánicas, rastros del aporte indígena y del campesinado, la vida consagrada y la evangelización, la educación y la guerra. Por eso es que, por estas razones y más, el Monasterio, a lo largo de tanto tiempo, se ha levantado como: centro de evangelización y para la comprensión de la espiritualidad dominicana; centro de silencio y de reposo; centro de oración y para el retiro espiritual; centro de investigaciones arqueológicas y antropológicas, centro para las observaciones astronómicas; centro del arte y la cultura; centro ecológico al cuidado de la naturaleza y centro turístico internacional religioso.

Apreciado viajero, el texto que tienes en tus manos, que esperamos sea de tu agrado y lo disfrutes, fue editado con motivo de la celebración del año jubilar por los 400 años de la fundación de este Monasterio, **en una masa de tierra regada profusamente de amonitas**. Este escrito fue tomado de la obra *Peregrinación de Alpha: Por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 y 51*, de Manuel Ancízar Basterra¹, editada en Bogotá por la imprenta de Echeverría Hermanos en 1853 y que consta de 192 páginas; apartes de este escrito hacen parte del prólogo del libro de fr. Alberto E. Ariza Sánchez, O.P., *El Convento de Santo Ecce-Homo*, editado en Bogotá por la Cooperativa Nacional de Artes Gráficas en 1966, pp. 5-10.

1 **Manuel Ancízar Basterra:** Nació en Fontibón en 1812. (seudónimo Alpha). Fue un escritor, político, profesor y periodista colombiano. Fundó la editorial y periódico *El Neo-Granadino*; la Sociedad Filarmónica de Bogotá; la Academia de Ciencias y Bellas Artes; la Sociedad Colombiana de Ingenieros y la Academia Vásquez. En 1850, se une a la Comisión Corográfica encargándose de las descripciones y estadísticas. Se desempeñó como Subsecretario de Relaciones Exteriores de Nueva Granada; Director de Crédito Nacional; Subsecretario de Hacienda y Secretario de Relaciones Exteriores. Fue el primer rector de la Universidad Nacional de Colombia en 1867. Murió en Bogotá en 1882.



EL CONVENTO DE SANTO ECCE-HOMO

En una masa de tierra regada profusamente de amonitas

Al occidente de Tunja y dentro de un óvalo irregular formado por dos largos ramales que se desprenden del alto páramo de Gachaneque, se comprende un espacio de treinta y cinco leguas cuadradas de país árido, sin bosques, cortado en toda su longitud por el río Sutamarchán y sembrado de cerros enteramente compuestos de margas pardas y grises de esquistos arcillosos que envuelven nódulos calizos y de hierro carbonatado, constituyendo una masa de tierras ingratas y unitarias regadas profusamente de amonitas.

LA DESNUDEZ DEL VALLE DE MONQUIRÁ

Al pie de los cerros y en giros muy irregulares se extiende una planicie formada por los sedimentos de un lago que debió medir más de cinco leguas en longitud con dos de anchura máxima y hubo de desaguarse cerca del lugar en que hoy se benefician las minas de cobre, impropriamente llamadas de Monquirá, cayendo sobre el Sarabita, como lo testifican las riberas revolcadas del río Monquirá. No obstante que sea idéntico el origen de las planicies de Tunja y Leyva, la composición del suelo y la acción de las aguas llovedizas los han diversificado totalmente.

Las llanuras de este valle conservan por lo general la costra de tierra vegetal distribuida en planos revestidos de pastos jugosos y aptos para el cultivo de los cereales y legumbres que alimentan una población numerosa y sustentan lucidos ganados; las de Leyva, compuestas de margas poco resistentes al lado de las lluvias y demasiado permeables, aparecen áridas y empobrecidas con los acarreo de los cerros vecinos, que han quedado limpios de vegetación, formando masas completamente estériles.

En Tunja, salvo los alrededores de la ciudad, todo es verdura y prados suavemente inclinados, en Leyva, todo, excepto algunas hondonadas y pequeños valles, presenta la aglomeración de tierras rojizas, cuya superficie cubren guijarros en vez de plantas. La porción cultivable no es suficiente para mantener los habitantes cada vez más numerosos, a quienes no queda otro recurso que la emigración a lugares menos ingratos, como lo son la montaña de Ormas y cercanías del páramo de Merchán, donde el país cambia de aspecto, se cubre de bosques y ofrece una fertilidad que contrasta con la desnudez de los demás cerros del cantón.

Tal es el aspecto del cantón de Leyva, colindante al sur con el de Chocontá, al occidente con los de Ubaté, Chiquinquirá y Vélez y al norte con el de Moniquirá, comarcas fértiles, frescas y copiosamente regadas de aguas vivas, como si de propósito se les hubiese puesto allí para contrastarlas con lo árido y raído del territorio leivano. Sin embargo, antiguamente suministraba éste, copiosas cosechas de trigo, *hasta el año de 1690, dice Alcedo, que un eclipse de sol esterilizó la tierra*; o racionalmente hablando, hasta que los desmontes y quemas bárbaramente llevados, privaron el suelo de la tenue capa de abono que cubría los cerros, dejando descubierta la masa esquista, que absorbe las lluvias, sin dejar en la superficie la humedad necesaria para la vegetación de planta alguna. Los restos de tierra cultivable han sido arrastrados a las últimas depresiones de las llanuras lacustres, donde sustentan sementeras de trigo, maíz, papas, arracachas, cebada, garbanzos,



habas, lentejas, arvejas, frijoles y anís, con cuyos frutos se sostiene una población de 24.000 habitantes, quedando poca cosa para el comercio, que en otro tiempo era considerable en el ramo de harinas.

Por tanto, Leyva es el cantón más pobre de la provincia de Tunja, como lo demuestra la población específica (656 habitantes por legua cuadrada) menor que la de los otros, excepto el desierto de Miraflores; pobreza de que podrían remediarse los leivanos si quisieran ser menos rutineros, consagrándose al cultivo de los olivos y viñedos, que allí prosperan casi espontáneamente y al cuidado y mejora de la cochinilla que cubre los nopales silvestres, hasta en las orillas de los caminos; con todo eso, persisten en sembrar todavía trigo, no obstante que la exhausta tierra no les devuelve sino pocas espigas al remate de los ralos y enfermizos tallos de una planta que ya no encuentra jugos para nutrirse.

LAS RUINAS DE MONQUIRÁ

Del asiento de Las Minas, tomando al occidente, se atraviesa el riachuelo de Leyva, llamado más abajo Monquirá, según la embrollosa costumbre de imponer a cada uno de nuestros ríos tantos nombres como lugares riega y se emprende una larga cuesta para tomar el camino de Guatoque, a través de terrenos fértiles y cultivados, en que asoman gruesos estratos calizos y masas de arenisca. A las dos leguas, atravesando para el sur, se encuentra el pueblo de Guatoque (hoy Santa Sofía), el cual demuestra en su mezquino aspecto y ranchería pajiza la humilde condición de sus moradores, casi todos indios y mestizos consagrados a labrar los vecinos campos. Llevábamos por allí, además de la obligación de completar la recorrida del cantón de Leyva, la curiosidad de examinar las ruinas de *El Infiernito*, cuyo descubrimiento y primera descripción se deben a esmeradas investigaciones de nuestro anticuario Manuel Vélez Barrientos, quien con un celo digno de elogio no desperdicia las ocasiones de recoger y salvar los

preciosos restos que aun suelen encontrarse de las artes y monumentos chibchas. Al efecto, nos dirigimos a Monquirá, distante tres leguas al sur de Guatoque, dejando a mano derecha las Capillas Ecce-Homo y Yuca, buena la primera para penitenciaría por la solidez de la iglesia y convento, que hoy con la decadencia de las órdenes monacales, ninguna utilidad ni objeto tienen.

A mediados del siglo pasado, la piedad de un vecino de Leyva dotó el resguardo de Monquirá, compuesto de ochenta indios, según refiere Oviedo, con una iglesia y casa de tapia y teja, de pobre apariencia y contados ornamentos, obteniendo su erección en curato. El transcurso del tiempo ha hecho desaparecer los indios juntamente con la antigua feracidad del terreno, elogiado por las buenas cosechas de trigo que rendía. Seis u ocho casitas esparcidas en torno de la desmantelada y solitaria iglesia y rodeadas de campos ingratos, es lo que hoy subsiste y la única señal de comercio humano se reduce a una fementida chichería puesta en las piezas bajas de lo que fue casa cural, adonde concurren y hacen largas libaciones los labriegos que por allí regresan del mercado de la Villa, se cuentan su buena o mala venta y entre totuma y totuma del amarillo brebaje contratan con sus vecinos los restos de lo que llevaron a la feria, ingeniándose de manera que vuelven a sus casas con el juicio menos desembarazado que los bolsillos. Encima de esta chichería nos alojamos, tomando del suelo todo el espacio que quisimos convertir en camas y a la mañana siguiente salimos a visitar el Valle de *El Infiernito* y las ponderadas ruinas.

El valle está limitado por los riachuelos de Sutamarchán y Cáchira y es una fracción de la antigua y trastornada planicie lacustre que comienza en Ráquira y se prolonga por espacio de siete leguas hacia el norte, hasta encontrar el río Gane, donde hace un recodo al suroeste y constituye el asiento de la Villa de Leyva y pueblo de Sáchica. El primitivo sedimento lacustre ha desapare-

cido, en parte arrastrado por los ríos que cortaron la planicie y en parte cubierto por las denudaciones de los cerros adyacentes, totalmente compuestos de esquistos arcillosos, áridos y abiertos, que inutilizan el suelo.

Abundan esparcidas muchas piedras oblongas y esféricas formadas por capas concéntricas de carbonato calizo ligeramente coloreadas por el óxido de hierro y con un núcleo a veces de arena fina, a veces de una sustancia que parece restos del tejido y película de alguna gran semilla monocotiledónea, o frecuentemente vacío, como si hubiese desaparecido del molde. Lo cierto es que, habiendo roto gran número de estos riñones, en ninguno encontré impresiones ni restos de amonitas, cual parecían indicarlo la configuración de las piedras y la muy notable circunstancia de hallarse entre Sáchica y Monquirá un extenso banco



en que yacen, profusamente amontonadas infinidad de amonitas perfectísimas, que miden desde un decímetro hasta más de un metro de diámetro.

LOS VESTIGIOS ARQUEOLÓGICOS DE *EL INFIERNITO*

A poco andar dimos en las ruinas, si tales pueden llamarse unos vestigios a flor de tierra, que a primera vista parecen marcar las fosas de un cementerio. Oigamos lo que sobre estos vestigios ha dicho un hombre competente por su buen criterio y su no común caudal de ciencia: *Veinte leguas al norte de Bogotá y como seis leguas al occidente de Tunja, antigua corte de los zaques, existe un valle a la altura de 1.982 metros sobre el mar y por consiguiente 811 metros más abajo de la planicie fría donde está situada Tunja. Riegan el valle varias*



quebradas y tres ríos cristalinos, cuyas orillas aparecen sombreadas por sauces y por muelles (Echinus molle), pero el declive de los cerros es árido y cubierto de cactus, que invaden cuanto es impropio para otra cultura. Las rocas pertenecen a la misma formación cretácea, que hace tan estériles las llanuras de Champagne y Provenza, predominando extensamente en la comarca de que ahora trato. No obstante, la ingratitude del suelo, los antiguos sabían aprovecharlo para diversas labores y la cochinilla cosechada sobre estos cactus hoy abandonados daba la púrpura con que teñían y adornaban las vestiduras de lujo de los jefes y zaques de dos millones de almas que se numeraban en esta gran sección de la familia chibcha.

El señor Acosta acompañó a su nota un diseño del edificio y según las medidas. *En la parte más llana del valle se ve un campo cultivado, como de quinientos metros de largo y trescientos de ancho, llamado por los habitantes 'El Infiernito' y en él clavadas algunas columnas sin cornisas ni pedestales, probablemente por los indígenas, poco antes de la conquista. Hay dos filas de columnas paralelas, de diámetro igual y orientadas en la dirección oriente y occidente, como si mirasen hacia el templo principal de Sugamuxi, todas están mutiladas, el mayor número a medio metro sobre el suelo. Aunque las dos filas distan entre sí diez metros en la base, como no están clavadas verticalmente sino con 25° de inclinación hacia lo interior, lo alto de las columnas debía acercarse bastante para recibir en forma de techo plano las otras piedras que luego mencionaré.*

Se encuentran todavía treinta y cuatro columnas, todas de cuatro decímetros de diámetro, en la fila del sur y solo doce en la del norte, fijadas a las mismas distancias, es decir, con un intercolumnio igual a los diámetros. A pocos pasos al noreste, se ve una columna que parece entera, tendida sobre el terreno, midiendo cinco metros y medio de largo, que bien pudiera haber sido el tamaño original de las demás, cuyos fustes mutilados adornan los edificios de las inmediaciones, tales como el convento del Ec-

ce-Homo edificado a dos leguas al occidente de las ruinas, contándose en el claustro treinta y dos de estas columnas y la casa de capellanías fabricada en la plaza principal de Leyva y adornada con doce columnas; otras dos se hallan en el pueblo de Sutamarchán, conducidas no ha muchos años desde las ruinas, que han sido la cantera de los lugares vecinos.

¿UN TEMPLO DE PIEDRA, O TAL VEZ UN PALACIO?

De los materiales, el terreno y la disposición de los cimientos, le hicieron juzgar que debió de haber sido un templo, puesto que nunca fue construido en su totalidad, como lo demuestra el no haber llegado a su destino la mayor parte de las piedras. Quizás la obra fue interrumpida por la invasión de los españoles. Es de sentirse que nadie tenga por acá el mencionado Boletín, por cuanto las observaciones de Mr. Jomard, muy versado en antigüedades americanas, añadirían el peso de su autoridad respetable a las razonadas conjeturas del señor Acosta concordantes con las que anteriormente había hecho el señor Manuel Vélez.

Además, en el valle, al occidente de *El Infiernito*, yacen esparcidas muchas piedras de dos a cuatro metros de longitud, cinco a ocho decímetros de anchura y cuatro o seis de espesor, cortadas con un entalle o muesca cerca de la extremidad dirigida al oriente, labrada evidentemente para atar las sogas con que arrastraban las piedras a fuerza de brazos. Estas piedras, que han conservado el nombre de vigas entre los indígenas de aquellos campos, parece que estaban destinadas a cubrir el templo, las más largas colocadas horizontalmente y las otras para cubrir el techo o ático. Recorriendo con la mayor atención la planicie de Leyva, he podido contar hasta ciento de estas piedras: la más distante la encontré seis leguas al norte, cerca del río Ubazá, de donde parecía sacada, con su entalle para arrastrarla como todas las otras y encaminada también hacia el templo o palacio.

La mayor parte de las indicadas piedras pertenece a los estratos de arenisca verde, que aquí alternan en los lechos superiores del terreno neocomiano, predominante en estos contornos: son de color rojo, bastante duras para cortar y como los instrumentos de los indígenas eran fabricados de sílex o piedra lidia, no les sería fácil cortar las rocas en su propio asiento y por tanto hubieron de buscar por dondequiera las piedras de las dimensiones requeridas, aisladas por la destrucción de los estratos originarios. Recia debió ser la faena del transporte, pues cada trozo pesa muchos quintales y no había otros medios de acarreo que la fuerza de los brazos, con la lentitud y consumo de tiempo que son de considerarse, a que se agregaba la ímproba tarea de labrar los fustes cilíndricos, guiados sin duda por un anillo de madera para obtener la uniforme redondez de la superficie tallada a pico; trabajo ciertamente ingenioso, que vacilaríamos en atribuir a los chibchas, si otros restos incontestables de sus artes no nos demostraran que ellos eran muy capaces de ejecutar este género de obras.

Nada más natural que la suposición de que soberanos despóticos, como lo eran los zaques de Tunja, disponiendo de millares de súbditos ciegamente sumisos a sus mandatos, quisieran levantar un templo de piedra o tal vez un palacio, en comarca de suave clima, distante pocas leguas de la capital de sus dominios, situada en una planicie de temple frío y expuesta a los páramos. Los zipas de Bogotá tenían casas de recreo en los valles templados de la cordillera para residir en ellas durante los meses en que la temperatura de la planicie superior es desapacible; por tanto, la idea no era nueva, ni a los zaques faltaban copiosas riquezas para realizarlas.

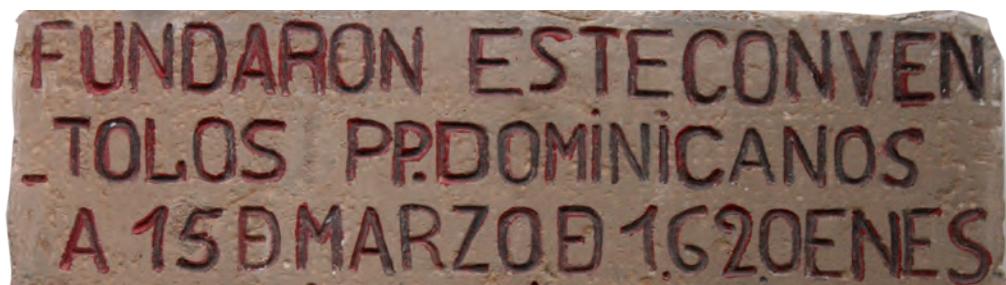
Aun la elección del lugar está justificada con las pruebas suministradas por la historia y las demás que hoy tenemos, de haber sido

muy poblada la planicie que se extiende desde Ráquira hasta los linderos de Monquirá. Todavía lo atestiguan las muchas guacas o sepulturas de indios que a cada paso descubren las aguas, manifestando también piezas de cobre labrado en señal del adelanto industrial de los primitivos moradores.

Sentado en uno de los trozos de piedra y con esta descripción en las manos contemplaba aquellos restos mudos de los trabajos sociales de un pueblo ya extinguido; mudos por la bárbara destrucción que de los archivos chibchas hicieron los conquistadores. El terreno había sido arado y algunas cañas de trigo agitadas por el viento golpeaban con la espiga las mutiladas columnas, como indicándolas al viajero.

Si las relaciones históricas nos faltan, me decía yo: ¿por qué no se habrán buscado indicios claros excavando estas ruinas? La tierra debe guardarlos, puesto que el dueño de la estancia me aseguraba que se habían encontrado argollitas de oro y chucherías de barro cocido. ¿Sería un cementerio de los indios principales, como el que se descubre en una isla de la laguna de Fúquene? Procuré estimular la curiosidad del estanciero, explicándole lo que se conjeturaba de las ruinas y animándole a practicar una excavación. -Quién sabe, señor, lo que será: yo no tengo barra y eso está muy duro-, contestó señalando el suelo.

Era inútil insistir y hube de partirme de allí sin adelantar nada. Los venideros resolverán el problema; y al expresar este aplazamiento no puedo menos de recordar lo que me observaba una vez cierto amigo yanqui: *Su bello país tiene muchas cosas que investigar; pero sobre cada una de ellas hay siempre un maldito letrado que dice: ¡Mañana! y en boca de casi todos los naturales, está una frase todavía más maldita: ¡Quién sabe!*



EL MONASTERIO EN LOS VESTIGIOS DE FR. ARIZA

Misteriosa supervivencia

El óvalo más bien es una herradura que va de Iguaque por el Gachaneque, Guachetá, Quicagota, Bohío del indio Miguel de Sema, colinas de Sineaguata, Siaguata, Rebasuca y Cordillera de Chiaguata, cuyo pico a 3.100 m. (orientado hacia el norte como una quilla y desde el cual se cuentan veintidós poblaciones de Cundinamarca, Boyacá y Santander), fue bautizado desde principios del siglo XVII con el nombre de *Fandiño*, por Don Lope de Fandiño, propietario de una finca que bajaba desde aquel punto hasta *Aguaclara* sobre el río Sarabita o Suárez.

En este melancólico pero apacible paisaje, se hallan esparcidos los siguientes centros de población: la Villa de Nuestra Señora Santa María de Leyva, arrimada a la serranía del oriente; al sur, Sáchica; más al sur, Ráquira y el Convento de la Candelaria; torciendo al occidente, Tinjacá; siguiendo al norte, por el valle del río Sutamarchán, Monquirá y Gachantivá; volviendo al occidente, Guatoque (o Santa Sofía); tornando al sur, el Monasterio del Santo Ecce-Homo y al suroeste, las ruinas del antiguo pueblecito de Yuca. Estos sitios, con excepción del último, están comunicados con carretera.

árido, aunque rico en minerales diversos y en interesantes fósiles de amonitas, especialmente entre Sáchica y Monquirá, donde se hallan dividivis, cactus, muelles, cardos y agresiva maleza. Y aires tibios y vientos libres. Y en los aires la canción permanente y maravillosa de las mirlas y de los toches. Y en tiempos de cosecha los mantos en vaivén de trigos y cebadas. Y todo el paisaje: árboles, rocas y suelo, valles y colinas. Saturado de una vaga pesadumbre que agobia las mismas almas.

UN MONASTERIO INTEGRADO AL PAISAJE

En cuatro siglos, mucho ha cambiado este paisaje. Lo dice claro el informe oficial de finales del siglo XVI: *Es la parte y lugar y asiento o donde la dicha Villa está fundada, el mejor de todo este Reino y más excelente para conseguir la salud humana, en ser temple no frío ni caliente y tierra dispuesta y aparejada para coger en ella, como se cogen y dan todas las frutas de Castilla y las que se dan en todas las partes de este Reino y lugar de mucha abundancia de aguas y leñas, muy buenas y los demás materiales para el edificio y ornato, sustento y permanencia de la dicha Villa.*

Así se vio en el siglo XVI, pero no continuó siendo así. Que si el temple no ha cambiado, el suelo sí se ha desnudado de la corteza vegetal como si un fuego extraño lo fuera calcinando todo, mientras el viento de la inmensidad golpea sin cesar, libre de obstáculos que no sean los numerosos cantos rodados, cada vez más altos por la continua merma del suelo que los sustenta.

Por lo que hace a la región del Monasterio, hace tres siglos estaba en buena parte cubierta de bosques de pinos, cedros y canelos que proporcionaron gran cantidad de óptimos materiales a los constructores. Pero si han desaparecido esos bosques, todavía queda una capa vegetal bastante buena, cubierta de arbustos y pastizales que juegan con el imponente pedregal, dando al paisaje la semejanza de los alrededores de *El Escorial* y el *Valle de los Caídos*, en Castilla.

UN MONASTERIO DE SILENCIO Y ORACIÓN

A principios del siglo XVII, hubo un movimiento de reforma religiosa que afectó a varios institutos y de ello no quedó exenta la Orden Dominicana, tradicionalmente refractaria a toda escisión. El Capítulo General de Valladolid del año 1605, en el cual estuvo representada la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada por fr. Leandro de Garfias, O.P., y el socio del Provincial fr. Francisco de Villacinda, O.P., mandó que en cada provincia se erigiese al menos un convento de estrecha observancia, con la advertencia, eso sí, de no mudar en nada las constituciones de la Orden.

En consecuencia, el Capítulo Provincial celebrado en Tunja, a 14 de agosto de 1607, decidió llevar a efecto la ordenación del Capítulo General y dispuso la fundación del convento en cuestión. Coadyuvó el Capitán Don Luis Bemol con la donación de una estancia a dos millas al sur de Santafé, a orillas del río Fucha y faldas de la Sierra, sitio de grande recreación por sus hermosas



selvas, llenas de vistosas arboledas (fr. Alonso de Zamora Rodríguez, O.P.).

Dos años después, en 1609, con las licencias del arzobispo Don Bartolomé Lobo Guerrero y del presidente Don Juan de Borja, se inauguraba el Convento de San Vicente Ferrer, con iglesia pequeña y claustro con celdas y oficinas para ocho religiosos. Fueron sus primeros religiosos: fr. Juan Guerrero, O.P., hermano del arzobispo, fr. Leandro de Garfias, O.P., fr. Francisco de León, O.P., fr. Bartolomé Díaz, O.P., fr. Diego de Valderas, O.P. y el hermano fr. Bartolomé de Escobar, O.P.



Pareciendo que aquel aislamiento no se compaginaba con la vocación apostólica de la Orden, *que no ha de ser en desiertos ni retirados en los bosques como ermitaños solitarios*, en el año 1617 se trajo el Convento a una parte del Convento Mayor, donde luego estuvo el Colegio-Universidad de Santo Tomás (Carrera 8 entre calles 12 y 13) para atajar el intento de una recoleta en la que se pensaba cambiar hasta la materia y la forma del hábito. Lo cual, sabido por el General de la Orden, ordenó la demolición del convento, que hubo de efectuar el ya Provincial fr. Leandro de Garfias, O.P., a principios de 1622, habiendo sido él su principal promotor.

En 1609, *unos dominicos llamados recoletos, pidieron al Cabildo de Tunja, la Capilla de San Laureano de la misma ciudad, para ellos fundar allí* (Actas del Cabildo de Tunja, cita de fr. Mesanza). Vino, pues, la fundación del monasterio a suplir el frustrado de San Vicente



de Fucha. Es así que, fr. Francisco de León, O.P. y fr. Diego de Valderas, O.P., fundadores de este, pasaron al nuevo monasterio, pero allí no se presentaron deformaciones que impidieran la marcha regular.

El Monasterio del Santo Ecce-Homo gozó de la simpatía de toda la Provincia de San Antonino y a él afluyeron hombres eminentes de otros conventos y misioneros y doctrineros, de los diversos sitios que la Provincia tenía a su cargo en todo el Nuevo Reino de Granada y en la Capitanía General de Venezuela. Aquella estima nunca disminuyó y religiosos muy prestantes en virtud, ciencia y grados, tuvieron a gran honor ser conventuales de él. Y cuando vinieron las inicuas leyes de supresión de los conventos menores, que se empezaron a dar en el Congreso del Rosario de Cúcuta (1821), los provinciales se esforzaron por defender el monasterio, aun desamparando otros, para evitar que pudiera aplicársele la ley de supresión.

UN MONASTERIO DE PREDICACIÓN

¿Y cuál fue la finalidad del Monasterio del Santo Ecce-Homo? Nada de egoísmo, como los superficiales lo suponen. El profesor en los conventos, colegios y universidades; el misionero y el doctrinero en el duro trabajo a distancia de su comunidad; el anciano y el enfermo, el decaído de su primitivo fervor, son urgencias suficientes para justificar la existencia de un convento que por su clima y su tranquilidad pueda proporcionar descanso y brindar facilidad, ya para recobrar los alientos y continuar la terea del apostolado, ya para arreglar el balance final de la carrera.

Así, con siglos de anticipación a una terminología que quiere sorprender como novedad, pero que nada añade a la ideología tradicional, los fundadores del Monasterio del Santo Ecce-Homo, obraron en función del servicio de Dios, de la Iglesia y del prójimo, meditación, estudio, reajuste, sin omitir el cuidado pastoral

en las Doctrinas del Santo Ecce-Homo y de Guavatá y el ministerio en los pueblos circunvecinos y provincias de Vélez y del Socorro.

Y es de notar que, el monasterio, por un sentimiento de gratitud, sostuvo siempre en su región la jurisdicción de Vélez, en lo eclesiástico y en lo civil. Imposible olvidar la generosidad con que las provincias de Vélez y del Socorro ayudaron a su construcción y sostenimiento. Aún hoy los santandereanos son los más asiduos visitantes del Santuario.

UN MONASTERIO DE MISTERIOSA SUPERVIVENCIA

Misteriosa supervivencia hemos titulado el último capítulo de este trabajo. Muchas veces hemos meditado sobre ello. El monasterio, atacado por traidores desde sus propios claustros (afortunadamente dos solos en toda su existencia), suprimido arbitrariamente aún contra las mismas leyes que se invocaban contra él, abandonado totalmente por largos años, saqueado repetidas veces, parece un monumento de la antigüedad egipcia, contra el cual se han estrellado en vano todas las furias. Es evidente que la Providencia lo guarda y lo mantiene en pie y que tantos y tan eminentes hombres que lo levantaron con sus sacrificios y allí se santificaron, hacen guardia desde la eternidad en torno al querido monasterio, que a pesar de la injuria de los tiempos y de la malicia de los hombres, sigue brindando refugio a quienes quieran *huir del mundanal ruido y seguir la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido y ello no obstante la vacua observación del peregrino de Alpha, de que hoy con la decadencia de las ordenes monacales, ninguna utilidad ni objeto tiene, ¡Que te crees tú eso!*

Non omnis moriar. No todo acaba con la muerte y los tiempos pasados son parte de nuestra vida. Por eso no es cosa de mera fantasía colocarnos en medio de nuestros antepasados. Avancemos

por el Llano del Árbol, e incorporémonos a los peregrinos que por la ruta serpenteante en el *lapidoso paisaje* que dijera el Beneficiado de Tunja, van ascendiendo hacia el monasterio, aprovechando de vez en cuando la sombra de alguno de los numerosos cauchos que resultado de la insolencia de las mirlas, coronan los enormes cantos. Prelados, gobernantes civiles, caballeros y damas de gola, hombres de armas en elegantes cabalgaduras, se confunden con la humildad del pueblo, animados todos de una misma esperanza.

Y del bosque de piedra: a 2.350 metros sobre el nivel del mar, surge a la imponente silueta del monasterio, con su fachada al occidente, rematada por el gracioso campanil. Y traspuesto el vestíbulo, ahí está el claustro cuadrangular, modesto, pero solemne y digno. *La tierra que pisas es santa*, bajo las losas están las cenizas de amigos de Dios, que fueron luz de los hombres y sal de la tierra.

Por aquí vagan las venerandas sombras de los Maestros en Sagrada Teología, de los Predicadores Generales, de los Misioneros y Doctrineros que, peregrinos del difícil viajar de los tiempos, vinieron aquí para asegurar mejor el negocio único de la vida humana: acertar con la puerta del Cielo. En presencia del sugestivo paisaje, no podrían menos de exclamar con el poeta agustiniano:

¡Oh monte! ¡Oh fuente! ¡Oh río!
¡Oh secreto, seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
¡huyó de aqueste mar tempestuoso!
Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero:
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza,
o el dinero.

COLOFÓN

*En domingo de ramos,
un 15 de marzo del año 1620,
los frailes dominicos
fundaron este monasterio
en la estancia cedida por
don Juan de Mayorga,
encomendero de Sorocotá
y Monquirá.*

*Acabose de imprimir este folleto
en la ciudad de Chiquinquirá
el 15 de marzo de 2020,
día en que se conmemora
la fundación de este monasterio
de los frailes dominicos en Colombia.*



**IUBILÆUM 400
1620-2020**



**MONASTERIO DE
SANTO ECCE HOMO**

Fundado en 1620

IUBILÆUM 400



PROVINCIA DE
SAN LUIS BERTRÁN
DE COLOMBIA
Frailes Dominicos